

III

Estaba oscureciendo. Se despertó sobresaltado y miró su reloj. Por suerte, todavía era temprano. Cerró la ventana, encendió la radio y fue a la cocina a preparar un poco de café. Afuera hacía calor y las calles estaban vacías. Mientras esperaba que el agua hirviera buscó la ropa que iba a ponerse; nada complicado: la camisa verde, el pantalón azul, los zapatos negros. Se sirvió el café y sentado en la cama se sintió sólo. Hacía días que estaba deprimido, mucho más que nunca. Pero no se iba a dejar llevar por los sentimientos. Aún descalzo, abrió el primer cajón de la cómoda y sacó la pistola y las balas. Tranquilamente cargó el arma, mientras tarareaba una vieja canción. Luego, fue a la cocina, dejó la taza en la piletta, tomó cinta adhesiva del estante y se pegó la pistola bajo la axila derecha. El contacto con el metal frío lo hizo estremecerse. Se vistió lentamente, consultó el reloj y decidió que era hora de marcharse.

En plena ruta, el coche avanzaba rápidamente. Sus manos transpiraban aferradas al volante. Tenía la vista clavada en el frente, pero sus pensamientos vagaban más allá. ¿Iría ella? ¿La habría convencido? Él creía que sí, que había sido convincente, que quería dejar las cosas en claro, que necesitaba hablarle. Vio la casa cuando comenzaba a amanecer y también vio el auto estacionado. El mar era verde y el aire se volvía irrespirable. De allí en más todo fue un torbellino; él que le gritaba, ella le respondía también a gritos. El sol iluminaba los techos abandonados y él sacó el arma. Ella corrió hacia la playa y él la dejó siguiéndola a paso normal. La arena estaba fría y ella tropezó. Él se paró delante de ella, sus ojos lo decían todo, no necesitaba hablar. Dio la vuelta y regresó sobre sus pasos. Ella pudo escuchar claramente el disparo dentro de la casa. Después el viento y nada más.

DANIEL TORANZO

